

GODMERSHAM  
PARK

*Godmersham Park*

Título original: *Godmersham Park*

Copyright © Gill Hornby 2022

First published by Century in 2022

© de la traducción: Noelia Pousada Lobeira

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.  
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta  
28036 Madrid  
[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)  
[www.facebook.com/librosdeseda](http://www.facebook.com/librosdeseda)  
[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)  
[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Chloe Giordano

Ajustes de cubierta: Rasgo Audaz

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: ©Chloe Giordano (bordado y foto del bordado)

Primera edición: octubre de 2023

ISBN: 978-84-19386-13-7

Depósito legal: M-27365-2023

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).



# GODMERSHAM PARK

GILL  
HORNBY



Libros de  
*seda*



*Para Robert.*



## NOTA AL LECTOR



Esta historia está basada en hechos reales. Los personajes de Godmersham Park existieron y los sucesos narrados se corresponden con los que Fanny Austen anotó diligentemente en su diario todos los días. El resto es fruto de la imaginación de la autora.



*La amistad es ciertamente el mejor bálsamo  
para los embates de un amor desilusionado.*

JANE AUSTEN, *La abadía de Northanger*



## LISTA DE PERSONAJES



### **La familia de Godmersham**

EDWARD AUSTEN, tercer hijo del reverendo George Austen y de su esposa y señor de Godmersham.

ELIZABETH AUSTEN (apellido de soltera: Bridges), esposa de este y madre de los siguientes personajes.

FRANCES AUSTEN, más conocida como Fanny, la hija mayor de la familia.

Y ocho hermanos pequeños.

### **El personal de Godmersham**

EL SEÑOR JOHNCOCK, el mayordomo.

LA SEÑORA SALKELD, el ama de llaves.

SACKREE, la niñera principal, conocida como Cakey por los niños.

LA NIÑERA, la niñera secundaria.

LA COCINERA.

GILL HORNBY

DANIEL, el cochero.

SALLY y REBECCA, las doncellas.

ANNE SHARP, la institutriz.

Y diez más.

### **Las visitas**

HARRIOT BRIDGES, la hermana pequeña de Elizabeth Austen.

HENRY AUSTEN, el hermano pequeño de Edward Austen.

CASSANDRA, SEÑORA DE GEORGE AUSTEN, viuda del reverendo George Austen.

CASSANDRA AUSTEN, la hija mayor del reverendo George Austen y de su esposa.

JANE AUSTEN, su hermana pequeña.



# ACTO PRIMERO





## CAPÍTULO 1



A LAS SEIS y media de aquella tarde lóbrega, fría, del 21 de enero del año 1804, Anne Sharp llegó al umbral de la puerta de Godmersham Park.

No tenía miedo. Pese a ser una urbanita a la que de repente habían trasplantado a un lugar como Kent, pese a ser la hija única y consentida de sus padres, y que ahora se veía obligada a ganarse la vida por su cuenta, apenas si sentía nada. Estaba impávida, y no es que ese fuera su estado por naturaleza ni, todo hay que decirlo, que aquella lacra de la autocompasión le fuese del todo ajena. No obstante, a aquellas alturas, tanto le había pasado, tanto habían cambiado las circunstancias y tan súbita había sido su propia caída en desgracia que ya nada temía.

El criado la invitó a pasar y, acto seguido, se desvaneció y apareció una sirvienta que masculó que iría a buscar a la señora de la casa, pero que no tomó su abrigo. No era ni una invitada digna de trato especial ni una sirvienta a la que tratar como amiga. Sola en aquel impresionante recibidor cuadrado —bañado, a aquella hora, por la luz extravagante de un candelabro—, sopesó el acercarse a aquella estupenda chimenea. No obstante, se contuvo, pues una

no debe comportarse ni con descaro ni con impertinencia ni parecer pretenciosa: las primeras impresiones acostumbran a dejar huella y, por el momento, nada sabía de aquella gente ni de lo que se podría considerar ofensivo; de ahí que, pacientemente, permaneciera inmóvil, de pie en aquel suelo de baldosas blancas y negras, cual peón de pequeñas proporciones sobre un fino tablero de ajedrez.

Se fijó en las puertas grandes, grandiosas, que asumía que darían a estancias igual de grandiosas. ¡Una casa idónea para representar obras de teatro en familia! Se preguntaba si sus moradores serían dados a organizar tales veladas y, de no ser el caso, si en algún momento gozaría del poder suficiente como para sugerir tal cosa. Y, luego, a su izquierda, se abrió una de las puertas y oyó los pasos de unas zapatillas de seda y el roce de un tafetán.

—Usted debe de ser la señorita Sharp.

Elizabeth Austen, la primera señora a cuya disposición se ponía, recorrió el suelo rutilante como flotando y le tendió una mano pálida, elegante. Junto a ella trotaba su semejante, aún una niña. Ambas eran hermosas, delgadas y de una belleza convencional, dotadas como estaban de aquel fulgor propio de quien lleva una vida de puro privilegio, aunque carecían de las peculiaridades y rarezas en las que se fundamenta la verdadera belleza. Aquellos ojos azules la siguieron; se inclinó para hacer una reverencia antes de volver a ponerse a la altura de ambas.

—¿Qué tal está, señora? —Anne se dio cuenta de que su desenvoltura y su manera de hablar les satisfacía.

La señora Austen le preguntó con cortesía por el viaje y, también con cortesía, ella le dio la más breve de las respuestas, pues lo último que quería era ser un incordio. Sabía de sobra que los viajes ajenos son inherentemente tediosos. Solo habría hecho mención al trayecto si la hubiesen atacado unos bandoleros y la hubiesen atado a un árbol.

—Esta de aquí es Fanny. —Su nueva alumna dio un paso al frente e inclinó la cabeza, al tiempo que con la mirada se empapaba de cada centímetro de la desconocida que tenía ante ella. La institutriz, a su vez, también la contempló fijamente: la niña parecía alta (pero, si solo tenía doce años, ¿verdad?). Ella, en su momento, también había sido una niña espigada, algo sobre lo que su padre le había dicho, para que tomara el toro por los cuernos: «Siéntete orgullosa —la había apremiado—. Dale vida a este cuerpo que te pertenece. Jamás te avergüences de la mujer que estás destinada a ser».

—Buenas tardes —dijo, tendiendo las dos manos a Fanny; un gesto que esperaba que transmitiese apego, pero no intimidad excesiva—. Encantada de conocerte.

—Y nosotras estamos encantadas de recibirla al fin. —La señora Austen la guio a las escaleras que había al fondo del recibidor—. Aquí se la esperaba con mucha ilusión. —Se paró al pie de la escalera y le hizo un gesto para que subiera—. Pero ha de estar cansada: Fanny le enseñará sus aposentos y le enviaremos algo de cenar. Ya habrá ocasión de conversar mañana por la mañana. ¿Qué le parece antes del desayuno? A las nueve en punto, nos vemos en el salón.

Mientras subían las escaleras, la niña parloteaba y Anne observaba lo que había a su alrededor: Godmersham no la decepcionaba, pues era —y sigue siendo, como, sin duda, será para el resto de la eternidad— una casa preciosa. Con una punzada de dolor, recordó a su querida Agnes, que no miraba con buenos ojos a la gente que vivía en el campo: «No sabes dónde te metes... Te matarán y harán contigo un pastel... Te ahogarán por bruja, tú hazme caso... Te lo digo en serio, porque tenía una prima que...». Su amiga siempre tenía una prima que sacar a colación.

Parecía que se había metido en un lugar muy espacioso, con techos de escayola moldeados al detalle y elegantísimas cortinas de seda. No había nada en el aspecto de los antepasados cuyos retratos pendían en fila de las paredes que revelase pasión alguna por ahogar brujas. Tendría que escribir a Agnes aquella misma noche para que se tranquilizara.

Al llegar al primer piso, al otro lado del pasillo, frente a ellas, vislumbró una estancia de proporciones perfectas con grandes ventanales que debían de dar al jardín. Parecía estar desierta. ¿Sería aquella...? Pero Fanny se había vuelto a la izquierda para seguir subiendo las escaleras, en dirección al ático, así que volvió a recordar cuál era su posición.

Si bien, en el piso inferior el ambiente era tranquilo, aquí arriba era todo lo contrario: un bebé lloraba, una niñera se metía a la carrera por una puerta y unos niños —suponía que debían de ser varones, pues estaban en guerra y abusaban sin piedad de los franceses— montaban un escándalo tremendo al final del pasillo. Estaba acostumbrada a vivir en una casa donde imperaba el silencio, en un nido que ella misma gobernaba en solitario, pero aquello era agua pasada. Debía adaptarse.

—¿Y cuántos hermanos tienes, Fanny? —Eran tantos que no le resultaría fácil contarlos.

—Ahora mismo somos ocho —repuso Fanny, mientras la seguía guiando—. Pero mamá no tiene pensado parar y, seguramente, pronto haya otro más en camino. Por lo general, cada dieciocho meses llega un nuevo bebé, más o menos. —Lo decía de tal modo, pensó, que parecía que la señora Austen fuera una hembra paridera a la que se fuera a recluir en el corral.

—¡Qué maravilla! ¿Son todos varones? —dijo en tono informal. Sin embargo, aquel era un asunto de vital importancia. No sabía por cuánto tiempo podría ganarse la vida allí, pero si

su empleo acababa cuando Fanny tuviera dieciséis años, no podría albergar la esperanza de seguir gozando de la protección de Godmersham Park.

—Vinieron cuatro varones después de mí, seguidos de dos hermanas pequeñas y de otro niño, pero siguen a cargo de las niñeras. —Vaya. No era probable que la educación de los varones fueran a confiársela a una institutriz—. Son adorables —prosiguió Fanny—: tendrá ocasión de conocerlos mañana por la mañana. —Abrió una puerta al final del pasillo—. Ya hemos llegado.

Aquel cuarto —su nuevo hogar, su refugio— le pareció a primera vista bastante grato, aunque, por supuesto, no tenía nada que ver con la *suite* a la que estaba acostumbrada, pero era cierto que ya no le hacía falta contar con tanto espacio ni tampoco con las libertades que eso brindaba. Su vida anterior —aquellos días que una vez fueron tan largos, enriquecedores y que estuvieron tan llenos de color— había quedado atrás, de momento, así que con contar con un rincón en el que acurrucarse, pensar y reflexionar, en el que esperaba que floreciese su intelecto, pese a que su cuerpo y su tiempo debieran someterse de ahora en adelante a la esclavitud, era lo que tenía.

Era más largo que ancho, con una ventana en lo alto de una de las paredes. Recorrió la estancia para apartar la cortina y contemplar las vistas y se topó con la noche más honda jamás vista. La llamada de un búho solitario rompió el silencio y le dio un escalofrío: en un paisaje sin vecinos, sin gente a la que quieres, sin grandes comercios de esos que nunca duermen, ¿dónde quedaba la belleza? El condado de Kent era para ella todo un misterio. ¿Qué llevaría a alguien a asentarse aquí, en un lugar dejado de la mano de Dios?

Se volvió hacia el interior, que le pareció, *grosso modo*, reconfortante. No había, obviamente, vestidor, sino un rinconcito con estanterías para la parca vestimenta que debería ponerse de ahora en adelante y una serie de cajones. Las paredes, a su vez, estaban revestidas con una especie de dibujo a rayas cruzadas, de un azul pastel que le pareció inofensivo. Pese a que, más que llamear emitía un leve resplandor, la modesta chimenea sí que le plantaba cara al frío invernal en buena parte, y de la sencilla repisa blanca pendía el único ornamento de la alcoba. Al aproximarse, reconoció de inmediato aquella representación de Cristo y la parábola de la lámpara e hizo memoria de las palabras finales del texto: «Pues nada hay secreto que no haya de descubrirse, como tampoco hay nada oculto que no haya de conocerse y salir a la luz». Volvió a darle un escalofrío.

Aun así, la aliviaba disponer de un pequeño escritorio, pues tendría donde escribir en las tardes largas y solitarias, y de una pequeña estantería para libros que pronto llenaría. Y, a cada lado de la ventana, ¡había una cama! Se emocionó al imaginar que, de vez en cuando, quizá le permitiesen traer a una invitada y se volvió eufórica al pensar que, algún día, podría tener a Agnes con ella.

Miró a Fanny, sonriente.

—Gracias, querida. Es una habitación encantadora.

—Cuánto me alegro de que lo diga —la niña también se emocionó—. Espero de todo corazón que lleguemos a ser felices en este cuarto. —Se dirigió al lecho del lado derecho y se sentó. Luego, una segunda tanda de decepción—: Ha dicho mamá que debería usted descansar una o dos semanas, para reponerse del viaje, y que luego empezaré a dormir aquí. ¿Le importa que me quede con esta cama?

Pasado un rato, la niña bajó a la biblioteca para reunirse con sus padres, un criado trajo en silencio su baúl y, en silencio, una criada le entregó la cena y se puso a desempaquetar sus pertenencias. Al tiempo que pensaba en Agnes, que con tanta ternura había empaquetado sus bártulos, observaba a aquella jovencita, cuyo nombre desconocía —en varias ocasiones trató de entablar conversación con ella, pero no hubo manera—, sacarlos otra vez y mirarlos con codicia. Como no podía ser de otra manera, tocaba los anodinos vestidos de color oscuro con cierto desprecio; no podía culparla; en cambio, el único traje bueno, el de seda rosa con encaje de Bruselas, que era el que Agnes había metido, convencida de que su suerte cambiaría para mejor, sí que le llamaba la atención. Los peines y los cepillos de plata, con las iniciales A. S. grabadas, se ganaron un ceño fruncido y el mejor de sus pañuelos, que su querida madre había bordado tan finamente, pareció prestarse a un particular escrutinio. Anne decidió que ella misma lo lavaría, porque los objetos pequeños tendían a desaparecer en las casas grandes.

Y, acto seguido, se quedó sola, exhausta tras los acontecimientos de la jornada, pero atormentada por el insomnio. La embargó el profundo desconcierto que le generaba aquella nueva situación y, entonces, sus propios sentimientos al fin lograron engullirla. Aquel silencio propio de Kent le rugía al oído y se le revolvía el estómago, fruto de la nostalgia que sentía por un hogar que ya no existía. Sepultó la tez bañada en lágrimas en la almohada y toda una serie de preguntas le acribillaron la mente.

¿Cómo había acabado aquí, tan sola y rodeada de extraños?